

Autor: Abilio Ayuso

GNOMA



El poeta francés Paul Éluard escribió la famosa frase:
“Hay otros mundos, pero están en este”.
El protagonista de esta historia pudo comprobarlo por sí mismo.

+16

La ventaja de estar soltero a los cuarenta años es que no tienes nadie que te fiscalice, y si posees una economía saneada puedes permitirte caprichos que los casados no podrían afrontar sin tener un disgusto con sus parejas.

Era un pobre consuelo ya que yo hubiera preferido no padecer los dos desengaños amorosos que me tocaron en suerte y estar felizmente emparejado, pero alguna ventaja hay que sacar de la desgracia.

Mi último capricho había sido adquirir un auténtico rifle Winchester de repetición, he de puntualizar que soy pacifista y detesto la caza, pero me chiflan las armas antiguas, por eso estaba como un niño con zapatos nuevos, deseoso de probarlo.

Para ello me dirigí a una zona absolutamente despoblada, lejos de cualquier carretera y solo transitada por algún camino de carro que pocos vehículos además de mi todoterreno podían recorrer, por eso me sorprendí cuando al doblar un recodo tuve un desagradable encuentro.

Desde mi posición más elevada veía la planicie que se extendía cargada de matorral bajo, en ella dos motoristas trazaban círculos prendiendo fuego a la maleza con una especie de lanzallamas, incluso pude ver correteando por entre las llamas algún tipo de animalejo.

Aquello me sublevó, siempre había dicho que si me encontraba cara a cara con uno de esos individuos que calcinan nuestros bosques sería capaz de matarlo, conduje hasta una distancia prudencial del fuego a una velocidad excesiva para el estado del camino, frené y salí enarbolando mi rifle y gritando a pleno pulmón: “¿¡Qué coño hacéis hijos de puta!?”.

Hasta entonces aquellos individuos ni se habían preocupado de mi presencia, pero al oírme uno de ellos se dirigió directamente hacia mí enfocándome con su lanzallamas, para su desgracia mi arma tenía mucho más alcance que la suya, resistí la tentación de tirar a matar, apunté a su rueda delantera, el impacto la clavó e hizo que el piloto saltara por los aires quedando tirado como un muñeco roto.

De inmediato tuve que ocuparme del otro motorista que ya venía a por mí, el primer disparo no fue tan afortunado como el anterior y no lo detuvo así que en el siguiente no tuve tantas contemplaciones y disparé a su pierna, perdió el equilibrio y su cabeza impactó contra una roca, no sentí la menor lástima por él.

Con los incendiarios fuera de combate mis prioridades eran otras, cambié el rifle por un extintor de buen tamaño que siempre llevaba en el coche y me ocupé de abrir una buena brecha en el círculo de fuego que aquellos

malditos habían creado, hecho lo cual me dispuse a rescatar al animalejo atrapado en su interior que yacía sentado en el suelo respirando fatigosamente.

Mi sorpresa fue cuando acerté a ver que era una especie de mono de circo, o eso creía yo, con su chaquetita roja y un gorrito algo chamuscados, si se trataba de un animal domesticado estaría muy acostumbrado a los seres humanos, me acerqué y con la voz más suave que pude le dije: “Tranquilo monito, los hombres malos ya no te pueden hacer daño, te voy a sacar de aquí, pero no me muerdas”.

Me quedé de piedra cuando aquel ser habló con una voz entre ronca y metálica que me recordaba el sonido de unos sapos que había visto en la selva centroamericana, para decirme: “Aquí el único mono que hay eres tú, porque mi especie tenía ya una civilización avanzada cuando la tuya vivía aún en los árboles, de todas formas gracias por jugártela para salvarme”.

Entonces me di cuenta, era una especie de hombrecillo diminuto vestido de una forma singular, con su minúscula cara poblada por una espesa barba y cubierta de arrugas, solo acerté a decirle: “Entonces... ¿Qué es lo que eres?”.

“¿Has leído alguna historia acerca de criaturas de la naturaleza con poderes extraños como las hadas o los gnomos?”.

“Pues sí, pero nunca pensé que esos cuentos tuvieran algo de real”.

“La mayor parte es pura fábula, pero cuando el río suena...”.

“Y esos individuos, ¿Porque querían capturarte o matarte, para llevarte a un circo?”.

“Algo mucho peor, son una secta que conoce nuestra existencia y si en alguna ocasión consiguen capturar uno de nosotros nos destilan”.

“¿Como dices?”.

“Lo que oyes nos meten vivos en un horno del cual van destilando cada gota de líquido o vapor nuestro hasta dejarnos secos como una piedra”.

“¿Y para que hacen eso los muy bestias?”.

“Con eso preparan bebedizos que les alargan la vida, esos jovenzuelos de las motos igual tienen más de doscientos años, pero déjate de rollos y sácame de aquí que estoy destrozado ponme sobre aquella roca que voy a

pedir ayuda”.

Acto seguido se puso las manos en las sienes y se concentró, noté una extraña vibración en el aire que no supe definir, cuando se relajó y se quedó esperando acontecimientos continué la conversación: “De acuerdo, no avisaré a la policía hasta que os hayáis marchado y no explicaré nada de vosotros porque me tomarían por loco, diré que eran unos simples incendiarios que al verme me atacaron, en cierto modo es verdad”.

“No tendrás que llamar a la policía ni explicar nada, porque aquí no quedará rastro de lo sucedido”.

“¿Y ellos cuando despierten del golpe?”.

“Cuando digo que no quedará rastro no es una metáfora, no quedarán ellos, ni motos, ni círculo quemado”.

“Vale, aquí no ha pasado nada, pero... Por curiosidad, ¿Que haréis con ellos?”.

“Recuperar lo que nos han robado usando el mismo sistema que iban a emplear conmigo”.

“Hum... Bien asaditos al horno, sinceramente no puedo compadecerme de unos individuos tan crueles como ellos, quien a hierro mata...”

Salidos de no sé donde comenzaron a llegar de todas partes seres parecidos a mi interlocutor que me miraban con caras no precisamente amistosas pero una frase dura y chirriante de aquel enanito hizo que cambiaran por completo sus expresiones que pasaron a ser amables.

Después de un breve parloteo se pusieron manos a la obra, el fuego restante lo apagaban mediante un sonido especial y una palmada, no vi que portaran herramientas y sin embargo las motos quedaron en segundos reducidas a diminutas piezas que ellos arrastraban no se a dónde como filas de hormigas llevándose el grano, aquellos dos desgraciados fueron despojados en un santiamén de todos sus atalajes y vestiduras y sus cuerpos llevados por una docena de aquellos seres diminutos.

El pequeño me asió de la muñeca con una fuerza inusitada para un ser de su tamaño y me dijo: “Ven, tengo un regalo para ti y de paso nos harás un favor, no hace falta que cierres el coche ni cojas el rifle, ahora esta zona está bajo nuestro control”.

Mientras caminábamos no pude por menos que preguntarle: “Si tal como

parece, tenéis poderes especiales, ¿Cómo es que te lograron capturar?”.

“Principalmente la sorpresa, y porque cuando te están acorralando con fuego no puedes tener la serenidad de parar y concentrarte, ellos lo saben, además me tendieron una trampa”.

Al llegar junto a una grieta entre las rocas chilló cuatro cosas con esa voz tan peculiar suya y al cabo de unos minutos, para mi sorpresa, apareció uno de ellos acompañado de una nena con carita triste y una bolsa a su espalda, lo primero que pregunté fue: “¿Como han salido de esa grieta si apenas cabe una mano plana?”.

“No te voy a aburrir hablándote de espacios Inter dimensionales, porque además no entenderías nada, lo que te ha de importar es quien ha salido y que tiene que ver contigo”.

“Ya veo quien ha salido, uno de vosotros y una nena que teníais allí guardada”.

No sé qué me sorprendió más si la voz de la supuesta nena que era suave y al mismo tiempo vibrante como un conjunto de violines o lo que dijo: “No soy una nena, tengo más de cien años”.

Eso hizo que me fijara mejor, su rostro era juvenil, pero debajo de la especie de camisola basta que llevaba se adivinaban unas perfectas formas de mujer, pero una mujer de cuatro palmos de estatura, la mitad que cualquier mujer bajita, aunque al lado de su acompañante, que apenas medía dos palmos era toda una gigantea.

Aunque iba mal vestida y desgredada su belleza era cautivadora, pero mi interlocutor cortó de plano mi embobamiento diciendo: “Ya tendrás tiempo de mirarla, ahora escucha: Hace muchos años, uno de nosotros cometió la torpeza de enamorarse locamente de una humana”.

“Una historia interesante, ¿Y ella le correspondió?”.

“Ella ni siquiera percibía su presencia. Utilizando sus poderes la sumió en un profundo sueño y le hizo el amor hasta dejarla embarazada, el tamaño del feto era tan pequeño para el de la mujer que ni siquiera se dio cuenta de su estado. Al cumplir los nueve meses tuvimos que acudir para volverla a dormir y extraerle el bebé, porque en aquel tiempo vete a saber lo que hubieran hecho con una criatura de un tamaño tan especial, hubieran sido capaces de decir que era cosa del diablo y quemarla”.

“No me digas que esta mujercita...”.

“Efectivamente, es ella, una híbrida, no es ni de vuestra especie ni de la nuestra, es demasiado grande para vivir en nuestro mundo y solo posee algunas de nuestras cualidades, pero no todas, aunque también tiene algunas de las que nosotros carecemos”.

“Entendámonos, con eso del regalo ¿No me querrás decir que...?”.

“Lo que estás pensando, ella es demasiado grande para vivir en nuestro mundo”.

“Y demasiado pequeña para vivir en el mío”.

“Un conejo adulto estará fatal en una caja de zapatos, pero se encontrará cómodo dentro de un contenedor portuario”.

“Aun así, ¿Quién digo yo que es y como ha llegado a mi casa?”.

“Estarías loco si dices algo a alguien, nadie tiene por qué enterarse que vive contigo”.

“Tarde o temprano alguien la verá, la gente se hará preguntas”.

“Nadie la verá, ya te he dicho que no tiene todos nuestros poderes, pero si unos cuantos, ¿Verdad que la has visto salir de esa grieta?, pues lo mismo se podrá infiltrar en cualquiera del sótano de tu casa, también tiene el poder, sino de la invisibilidad, el de hacer que la gente no se fije en ella, los animales la obedecen... En fin, ya te irás enterando”.

“Pero ¿Te das cuenta que me cargas una responsabilidad brutal así por la cara?”.

“No te hagas el estrecho conmigo, por tu aura sé que no tienes mujer y que eres romántico, soñador y buena persona, también he visto como se iluminaban tus ojos cuando la mirabas, casi se te ha caído la baba”.

“Estas diciendo que la tome como pareja, ¿No te has fijado en la diferencia de tamaño?”.

“Ya te darás cuenta de que cuando hay amor el tamaño no es tan importante, además no pretendo que la mantengas de gorra, en esta bolsa tienes unas gemas tan delicadas que la gente mataría por una de ellas, con lo que valen podéis vivir como reyes”.

“No necesito que me pagues por mantenerla”.

“Ya lo sé, pero a nadie le amarga un dulce. Ahora nos marchamos ya no nos volveremos a ver jamás”.

Antes de que pudiera decir nada más aquellos seres se habían infiltrado en la roca, miré alrededor, ya no quedaba nada que recordara los sucesos anteriores, podría haber dicho que se había tratado de una alucinación si no fuera porque allí estaba aquella preciosa enanita mirándome con esos ojos que hipnotizaban.

Alargué la mano, ella tomó la mía sin dudar un instante, su contacto me recordó emociones que ya tenía casi olvidadas, tuve que repetirme a mí mismo que no era ninguna niña para no sentirme culpable.

Para romper el hielo le pregunté: “Bueno cariño, ¿Y cómo te llamas?”.

“El nombre que tenía en mi anterior mundo sería para ti impronunciable y en parte inaudible porque escapa de la frecuencia del oído humano, ponme tu el nombre que te guste”.

“Está bien, me gustan los nombres sencillos, ¿Qué te parece María?”.

“Es precioso”.

“Pues con María te quedas, y bien, María, yo he de confesar que tus amigos o lo que sean me han fichado a la primera, solo verte me has parecido una muñequita adorable, por la que sería capaz de dar hasta el alma, pero... ¿Y tú?, ¿No te molesta que te hayan enchufado para ser la pareja de un cuarentón como yo en lugar de un muchacho guapo y atlético?”.

“Si lo dices por la edad deberé recordarte la mía, podrías ser mi nieto, además, ¿Quién te dice que me han enchufado?, he sido yo la que te he escogido, sabía que no podía seguir más tiempo en aquel mundo, en cuanto supe que mi padre estaba en contacto con un humano te miré a través de sus ojos, recuerda que yo veo tu aura, así que le pedí que me dejara marchar contigo”.

“Vaya, vaya, así que resulta que el enanito que yo he salvado es el libidinoso que se enamoró de una humana”.

“Si hubieras visto a la humana no te sorprenderías tanto”.

“Bueno, ¿Y que fue de ella?”.

“Nada, siguió viviendo en el mismo convento hasta pasados los cien años,

sobrevivió tanto porque mi padre la visitaba a menudo y le hacía ingerir bebedizos cuando ella dormía”.

“Ósea que encima era una monja, menudo sinvergüenza de padre tienes”.

“No hables así de él, aquello fue un auténtico amor, aún llora sobre su tumba en cada aniversario de su muerte”.

“Lo siento, no quería ofender. Bueno, ya hemos llegado al coche, pienso que sería prudente que hasta que estemos en el garaje de casa viajes en el portamaletas”.

“Ya te han explicado antes que puedo pasar absolutamente desapercibida, viajaré a tu lado y así podremos charlar, si vamos a dormir juntos esta noche es interesante que nos conozcamos mejor”.

“Bueno, yo no te iba a pedir que te acostaras conmigo ya la primera noche”.

“¿Para qué esperar?, yo ya he visto lo que quería ver en ti y tú... Si pudieras ver la cara de bobo que pones cuando me miras o cuando he cogido tu mano...”.

“Qué maravilla, es la primera vez que te veo sonreír”.

“Es normal que esté triste, acabo de dejar el mundo donde he vivido más de cien años y a toda la gente que conozco”.

En el viaje de vuelta a casa charlamos de mil cosas, yo le relaté mis viajes por las montañas de nieves eternas y a las islas paradisíacas de los mares del sur y ella me habló de su mundo que no eran madrigueras y túneles como yo pensaba, sino que estos llevaban a puntos de ruptura dimensional, a pesar de tener una amplia cultura me costaba seguir sus explicaciones cuando me decía: “Todo lo que ves y tocas es solo vibración, lo que llamáis sólido no existe”.

“Pues yo bien que lo noto cuando me doy contra una piedra”:

“El personaje de una de vuestras películas de televisión también se hace daño cuando se da con una piedra, pero no hay nada sólido, son ondas que os llegan por el aire, y por ese mismo aire recibís un montón de canales en los que hay diferentes películas”.

“Si, claro, cada canal viene en una frecuencia distinta”.

“Acabas de deducir el secreto de las dimensiones, si todo es vibración cada

dimensión vibra en una frecuencia distinta”.

“Genial, ¿Y entonces como pasáis de una dimensión a otra?”.

“Existen puntos de interferencia Inter dimensional, como con vuestros canales de televisión cuando hay tormenta”.

“¿Yo podría pasar a visitar vuestro mundo?”.

“Ni lo sueñes, primera porque para pasar de una a otra hace falta una cualidad mental y tener práctica, como para levitar, y en segundo lugar por tu tamaño, yo a veces ya tenía dificultades”.

“Vale, pero entonces ¿A los dos incendiarios como los van a meter?”.

“Como si fueran un objeto, desnudos y en posición horizontal, con unos y otros de nosotros a cada lado del portal modulando la frecuencia, el paso les dañará, ¿Pero qué importa?, para lo que les espera más les valdría morir”.

Hablando de esto y aquello ya habíamos llegado al garaje de mi casa, parecía que nos conocíamos de hace diez años en lugar de los noventa minutos que habían transcurrido, sin embargo, en cuanto se bajó del coche su semblante cambió, miro a todas partes con expresión asustada para acabar diciendo con un hilo de voz: “Aquí tienes animales muertos”.

“¿Qué quieres decir, que ha muerto alguna rata en un rincón y no me he dado cuenta?”.

Señaló el congelador y dijo: “Aquí dentro hay trozos de cadáveres helados”.

“Mujer, no lo digas así que da asco, hay solomillo, pollo, conejo, pescado y marisco congelados, me gusta tener un poco de todo”.

“¿Y no son trozos de animales muertos?”.

“Bueno... sí”.

“¿Tu vivirías en una casa rodeado de cadáveres humanos?”.

“No, desde luego”.

“De la misma forma yo no puedo vivir entre cadáveres de animales, ellos tienen espíritu igual que tú o yo, han sufrido al morir, y ese sufrimiento crea un aura negativa”.

“Ya veo que me tendré que volver vegetariano”.

“Tranquilo, te apuesto a que la comida que yo te prepare te gustará más que todos los solomillos y gambas del mundo, con la diferencia de que será buenísima para tu salud”.

“Vale me desharé de todo eso”.

Telefoneé a un amigo que tenía cuatro hijos y estaba pasando una mala situación económica, le dije de sopetón: “Gabriel, ¿Tienes muy lleno el congelador?”.

“Criando telarañas ¿Porque lo dices?, ¿Has cazado un jabalí con ese rifle nuevo?”.

“No, pero tengo un regalo para ti que te va a encantar, no tardes, avísame cuando estés llegando, te abriré el garaje”.

En diez minutos lo tenía en casa. Además de toda la carne, el pescado, marisco y embutidos le tuve que dar todas las latas y conservas que contuvieran traza animal. El hombre me preguntó: “¿Te has vuelto vegano de repente?”.

“Vegetariano, no confundas, puedo comer huevos, leche, miel, todo lo que no haya sido matado”.

“¿Y cómo te ha dado por ahí?”.

Mentí como un bellaco diciendo: “Esta noche he tenido una pesadilla, he soñado que los espíritus de los animales muertos de mi casa me arrastraban al infierno”.

“Vaya por Dios, que pesadilla, pero yo tengo otra peor: Y es que cada día hay cuatro bocas que me piden comida, y no es un sueño”:

“Pues con todo esto tienen para un rato”.

“Por supuesto, pero no les diré nada y se lo iré racionando”.

La alegría de mi amigo y la promesa de María de hacerme menús deliciosos me compensaron de la pérdida de todas mis delicias.

Cuando se marchó le dije: “Hala, ya puedes salir, estarás contenta, como no sea una mosca en un rincón no hay ningún animal muerto en la casa”.

Por toda respuesta saltó abrazando mi cuello con agilidad felina y me besó con sus labios diminutos, cuando la abracé y le devolví el beso tuve que volver a repetirme a mí mismo: “No es una niña”.

Luego le pregunté: “Respecto a los bichos: ¿Tampoco podré usar insecticida?”.

“Ya los puedes tirar todos, aunque no te matan también son veneno para ti”.

“Así que tendré que dejar que me piquen los mosquitos”.

“No te picarán los mosquitos, ni entrarán en tu casa hormigas, moscas ni cucarachas, ni los pulgones invadirán tu jardín, ni los hongos perjudiciales, pero si vendrán las abejas y otros insectos beneficiosos y la lombriz de tierra vivirá estupendamente”.

“Qué maravilla”.

“Ventajas de tener una gnoma en tu hogar”.

Mientras ella pasaba inventario de todos los vegetales que había en casa, incluyendo las plantas del jardín yo preparé una sorpresa, llené de agua caliente mi enorme bañera jacuzzi, añadí aceites esenciales y unas gotas de jabón líquido y le dije: “No sé si te has dado cuenta pero vas un poquito sucia”.

“Ya te dije que por mi tamaño he tenido dificultades para pasar por algunos de los sitios, he tenido que arrastrarme, reptar”.

“Pues eso lo arreglamos enseguida, quítate esa especie de camisón que también está hecho un asco y ven conmigo”.

No pude reprimir decirle: “Que preciosa eres” cuando apreció desnuda. Era una miniatura de mujer perfecta, una verdadera muñeca, sus pechos, aunque de buen tamaño desafiaban la ley de la gravedad, no había en todo su cuerpo una sola arruga ni el más mínimo síntoma de vejez, como si tuviera quince años en lugar de más de cien.

Le tomé de la mano y le dije: “Cierra los ojos, tengo una sorpresa para ti”.

Entramos en el baño y puse en marcha el motor del jacuzzi, nunca olvidaré lo que sucedió a continuación, abrió unos ojos como platos y dio el grito más desgarrador que he oído jamás, retrocedió hasta la pared balbuceando: “Tu aura era buena, ¿Como has podido engañarme?, me vas a hervir, ¿Como puedes hacer algo así?”.

Me abracé a ella y noté como temblaba, las lágrimas corrieron por mis ojos y entre sollozos le dije: “¿Como puedes pensar eso de mí?, es un baño, un puto baño, no hay nada malo, no quema, es agradable”.

Al verme en ese estado paró de temblar, cogió mi cara con sus manitas me miró con aquellos ojazos desproporcionados para su tamaño y me dijo en un susurro: “¿Me lo juras?”.

Tomé agua de la bañera entre mis manos y le dije: “Toca, está calentita pero agradable no quema, las burbujas son aire que manda un motor”.

Tocó el agua de mis manos con algo de recelo, yo le tiré el resto por encima, tuvo un pequeño sobresalto, pero luego sonrió, yo apagué el motor y le dije: “¿Lo ves?, ya no hay burbujas”.

“Vale, pues déjalo así que me da miedo”.

“¿Nos podemos meter ya en la bañera?”.

“Tu primero”.

No pude resistir la tentación de gastarle una broma, introduje una pierna en la bañera y di un grito como si me quemara, al ver su cara de susto solté una carcajada y le dije: “¡Tontita que te engaño!”.

Vino hacia mí con unos morritos preciosos y comenzó a golpearme el culo con sus diminutos puños diciendo: “¡Malo, más que malo!”.

La levanté tomándola por la cintura diciendo: “Ven aquí, que voy a hacer sopa de gnoma” e hice que los dos nos sumergiéramos hasta el cuello, su grito fue mitad de sobresalto mitad de placer.

Me quedé estirado flotando en aquel agua perfecta con ella abrazada a mí, al cabo de un rato no pude por menos que confesarle: “Me ha hecho mucho daño que de repente pudieras verme como un monstruo, que pensaras que yo era capaz de hacerte cosas horribles que no le haría ni a mi peor enemigo”.

“Lo siento mucho, pero lo que cuentan de algunos humanos, que incluso dicen que pueden falsificar su aura, son cosas tan terribles que cuando de repente vi el agua hirviendo se desató en mí un pánico ancestral, nunca volveré a dudar de ti”.

Nos quedamos un rato callados abrazados en el agua, yo notaba sus

diminutos pezones en la parte alta de mi pecho, junto con el resto de su cuerpo y eso me excitaba brutalmente, en un momento dado su pie topó con mi pene erecto como un poste de telégrafos, hizo un gesto divertido y comenzó a palparlo con su piecico, luego mirándome con una expresión maliciosa me dijo: “¿Te gustan las gnomas he cabrón?”.

“Bueno... Es el agua caliente... Ya sabes”.

“¿El agua caliente?, tú sí que vas caliente”.

“Vale, y para qué negarlo, seguro que se me nota, me gustas un montón y el verte tan pequeñita me produce al mismo tiempo un sentimiento de morbo y de culpa al mismo tiempo, así que en muchas ocasiones tengo que repetirme que tienes más de cien años”.

“Ni por un momento se te ocurra verme como a una niña, soy pequeñita, como dices tú, pero toda una mujer, ya te enterarás luego”.

Cuando noté que mis dedos comenzaban a arrugarse le lavé la cabeza con un champú suave y el resto del cuerpo con una esponja natural, se dejó hacer como si fuera un bebé, después de aclararla la sequé con una toalla suave y al sacar el secador de pelo le dije con una sonrisa perversa: “Esto no es un achicharrador de gnomas, solo seca el cabello”.

“A ver, so tonto, conocemos de vuestro mundo más que vosotros mismos, sé lo que es un secador, un ordenador, un televisor y cualquier cacharro que me puedas enseñar, con lo del baño me pillaste de improviso, si en lugar de decirme: -cierra los ojos, tengo una sorpresa para ti- me hubieras dicho: -tengo una hermosa bañera jacuzzi y nos daremos un baño- no me hubieras asustado”.

“De acuerdo muñequita, siéntate en mis rodillas que te voy a secar el pelo”.

“Eso de muñequita no sé si tomármelo a bien o a mal”.

Una vez seca nos acostamos un ratito abrazados para entrar en calor, al cabo de un momento me pidió que me pusiera tendido boca abajo, me destapó, me cabalgó y empezó a darme un masaje comenzando por el cogote y siguiendo por todo el cuerpo.

Tenía mucha más fuerza de lo que cabría esperar de alguien tan menudo y no sólo utilizaba las manos sino pies, rodillas, codos, y en ocasiones el cuerpo entero, pero con una sabiduría tal como si llevara los cien años de su existencia haciendo lo mismo.

Pero no era un simple masaje, había algo más, por donde pasaban sus manos sentía fluir una energía especial, era como si mi cuerpo hubiera estado permanentemente embotado sin yo saberlo, parecía como si por primera vez la sangre corriera por mis venas.

Cuando acabó con los dedos de los pies me dijo simplemente “vuélvete”. Ella ya me había visto más o menos desnudo hacía un rato, pero no sé por qué me daba vergüenza quedarme boca arriba desparrado delante suyo.

Cuando comenzó a masajear mi frente y mis sienes, me invadió un relax tal que llegué a pensar que flotaba, pero a medida que iba descendiendo hacia el vello púbico mi pene se ponía duro como si fuera de piedra, no obstante, ella hizo caso omiso y de allí pasó directamente a los pies, subiendo lentamente por mis rodillas hasta las ingles.

Se detuvo un momento y pensé que ya había terminado, pero no, cuando tomó mi pene con sus manitas un temblor recorrió todo mi cuerpo, la lujuria que me provocaba era tal que pensé que iba a eyacular en los primeros diez segundos, pero algo lo impedía así que mi excitación fue en aumento hasta un punto en que creí que me iba a desmayar.

Un movimiento algo diferente de aquellos deditos y noté brotar el semen con un chorro poderoso, pero no se derramó ni una gota porque un segundo antes su boquita se había aplicado sobre mi glándula y succionaba suavemente toda la secreción.

Me pareció que aquel orgasmo duraba una eternidad y que yo entero me deshacía, pero debió ser subjetivo porque nadie puede generar litros de esperma. Al acabar me fui quedando dormido y apenas noté que María me tapaba y se abrazaba a mí.

Desperté suavemente de forma plácida, lo primero que noté fue que ella no estaba a mi lado y que un delicioso aroma de comida invadía la casa.

Se encontraba en la cocina, con su especie de batita raída, subida en un taburete preparando no sé qué mejunjes, para ello había sacado cacharros de cocina que yo casi ni recordaba que tenía y estaba utilizando los cuatro fuegos de la encimera más el de una fondue y una plancha eléctrica para hacer cosas a la parrilla, me recordaba un mago en su laboratorio de alquimia, aunque tal vez esa idea no estaba muy lejos de la realidad.

No pude por menos que preguntarle: “¿Cuántos seremos a comer?”.

Me miró, sonrió dulcemente y dijo: “Tú y yo, es una cena romántica”.

Nunca pensé que unas verduras pudieran tener ese gusto, esa textura, que se deshicieran en la boca dejando una sinfonía de sabores, yo sabía perfectamente las vegetales que tenía en casa, pero me costaba adivinar cuales de ellos estaban en cada plato y en qué proporción, al final no pude contenerme y le dije: “Esto no es normal, lo has hecho con magia”.

“No ha sido necesario, las gnomas estamos tan en contacto con la naturaleza, ese contacto que vosotros habéis perdido hace milenios, que podemos extraer la mejor esencia de cada planta, además he de confesar que en mi bolsa he traído algo que para vosotros no tiene nombre, lo más parecido sería llamarlas especias”.

“¿Una especie de polvos mágicos no?, ya me parecía a mí que nada de lo que hubiera en mi casa podía tener ese sabor tan exquisito”.

“Bueno, si los quieres llamar así... Pues polvos mágicos”.

“¿Y cuándo se te acaben... Volveré a comer verduras sosas?”.

“Tranquilo, he traído semillas para plantar cosas en tu jardín y cuando bajes a la ciudad te pasarás por un herbolario y un Garden con una lista que te daré”.

Después de la cena nos quedamos charlando de mil y una cosas en el sofá del salón, antes de encender la chimenea le dije con una sonrisa picarona: “Es una chimenea para calentarse... No es un asador de gnomas”.

“So bobo, por un perro que maté, mataperros me llamaron, ya te dije que lo del baño fue un fallo muy tonto motivado por una serie de circunstancias”.

“Vale, te perdono”.

“Pues no me perdones tanto, porque tú también... Te podías haber metido el rollo de la sorpresita por el culo”.

“Pequeñita, pero con carácter”.

“No lo sabes tu bien, ya te irás enterando”.

En un momento en que se estiró sobre mí notó que volvía a tener otra erección, me miró dulcemente y me dijo: “Pobrecito, hace tiempo que no tienes mujer y vas un poquito atrasado, esta noche te daré otro masaje, luego con uno diario ya tendrás suficiente”.

Aquella segunda vez fui un poco más activo, comenzaba a liberarme de la

fijación de verla instintivamente como una niña, así que la besé, y no solo en su diminuta boquita, sino todo el resto del cuerpo, al llegar a su sexo noté que tenía un delicioso sabor afrutado, al comenzar ella lanzó un gemido, más de sorpresa que otra cosa, e hizo el ademán de querer cerrar las piernas, yo no se lo permití sino que por el contrario se las abrí aún más, continué saboreando aquel dulce exquisito y acariciando sus pezones, al final me sentí muy feliz cuando noté que ella experimentaba un orgasmo, en ese momento el sabor de su vagina cambió para hacerse más intenso sin dejar de ser delicioso.

Cuando me tocó el turno a mí estaba tan caliente que podía haber acabado con un soplado, pero al igual que la primera vez me retuvo hasta que casi me vuelvo loco.

Al acabar de succionar la última gota de mi semen me miró y me dijo: “El líquido vital no debe derramarse, ni una gota, es un sacrilegio”.

“Bueno, si esos son tus principios religiosos los acepto de buen grado”.

“No es una religión, es una cultura de comunión con la naturaleza”.

“Sea lo que sea, me apunto”.

Ni llegué a enterarme de que había dormido diez horas, mi sueño no se vio interrumpido por nada, ni siquiera tuve que levantarme a orinar, me despertó el sol en la cara y un delicioso olor a pan recién horneado, me levanté totalmente despejado, con una lucidez y una energía vital mejor que cuando tenía quince años.

La cocina estaba perfectamente recogida y limpia, como si nadie hubiera cocinado ayer, incluso había detalles de buen gusto que le daban mayor realce y la hacían más acogedora. Las rebanadas de pan con mantequilla y mermelada eran de una exquisitez absoluta, hasta la leche tenía otro sabor, no me preparó café y yo tampoco se lo pedí, estaba convencido de que no me haría falta.

Bajé a la ciudad no sin antes advertirle que no abriera la puerta, ni se dejara ver, ni cogiera el teléfono, a lo que me contestó: “Primero... No soy tonta, segundo, si me asomo a una ventana la gente no me verá, no seré invisible pero haré que no se fijen en mí, como si yo fuera un ladrillo más de la casa, tercero si suena el teléfono yo sabré si llamas tú o no antes de cogerlo”.

En el herbolario me preguntaron: “Por curiosidad ¿Qué va a hacer con todo esto?”.

A lo que contesté: “Ni la menor idea, me lo han encargado unos vecinos que no tienen coche”.

Algo parecido me pasó en el Garden donde me preguntaron si ya sabía cómo cultivar todo aquello, di una respuesta parecida y me quedé tan ancho.

En la tienda de ropa para niños pedí ropita para una sobrinilla más o menos de este tamaño, cuando me preguntaron que quería dije: “Un poco de todo, los padres están en el paro y la niña va creciendo me da pena verla con ropa justa o estropeada”.

La típica dependienta metomentodo me dijo: “En todo caso sería mejor que viniera con la niña y se lo probamos”.

A lo que tuve que contestar: “Es una sorpresa para el cumpleaños, si algo no le va bien o no le gusta me guardo el tiket y ya lo cambiaré”, mientras tomaba nota mentalmente de no volver a comprar por aquella tienda.

Otra cosa que tuve que discutir es cuando me ofrecían ropa demasiado infantil, tenía que rechazarla diciendo: “No le gustará, la niña es pequeña pero muy coquetona”.

Después de recorrer varias tiendas y almacenes me quedé satisfecho del cargamento que había adquirido, que incluía un mono de esquí y un vestido de princesa el más elegante que pude encontrar rechazando aquellos que eran más como de cuento de hadas.

En un alarde de inspiración incluso le compré un vestido de los que usan las niñas para hacer la primera comunión, aquí sí que me dijeron que era necesario probárselo, pero les corté diciendo: “Imposible, lo voy a mandar por correo al extranjero muy lejos, pero no se preocupe, allí son muy apañados, si no le va bien ya lo arreglarán”.

Suerte tuve de que María me dijera que no usaba ni necesitaba sujetador, porque en eso el tema de la talla hubiera sido un problema, lo que si le compré fue un bañador completo y un bikini con la parte de arriba incluida porque hay niñas que, aunque sean pequeñas la usan por coquetería, me reí pensando que tal se apañarían las tetas de mi gnoma para entrar en esas copas tan planas.

Cuando volví a casa y vio todas las compras sí que realmente parecía una niña en el día de los reyes magos, cada cosa que se probaba se volvía y me daba un beso.

Con lo que no estuve tan acertado fue con los collares, colgantes y pulseras

de piedras que a mí me parecían bonitas, solo se quedó una pulsera, el resto me lo hizo devolver porque las vibraciones de aquellos materiales no eran armónicas con las suyas, pero me apuntó los tipos de piedra que le convenían.

Días después no tuve inconvenientes para cambiarlos, alguna la tuve que encargar expresamente y las otras eran bastante más caras que las que yo había escogido, por suerte el dinero no era una de mis preocupaciones.

A partir de entonces, mi vida se convirtió en un paraíso en la tierra, nunca estaba enfermo, ni el más mínimo achaque, sin hacer ningún ejercicio en particular mis músculos se mantenían bien tonificados, incluso habían aumentado y en los años siguientes parecía que el calendario corría para mí hacia atrás y en lugar de envejecer rejuvenecía lentamente.

Cuando alguien me preguntaba le soltaba un rollazo sobre las excelencias del veganismo, macrobiótica, budismo zen y meditación trascendental, pero eso sí, todo combinado en su justa medida como en una fórmula perfecta y les recomendaba una serie de libros que trataban acerca de cada uno de esos temas.

Cualquiera de los manuales que recomendaba, por sí solo, ya era difícil de seguir, ¡pero todos juntos!, imposible, si les volvía a ver al cabo de un tiempo me decían: “¿Como puedes tener la voluntad de seguir esos preceptos?, yo lo he intentado y no he durado ni dos semanas”.

A lo que yo contestaba: “En principio es duro, pero lo importante es ponerse en camino”, la verdad es que no me sentía culpable pegándoles esos rollos porque si lo seguían, aunque sólo fuera en parte, no iba a resultar nada malo para ellos, sino todo lo contrario.

Para la gente de mi pueblo y alrededores yo vivía sólo y era un hombre afable y educado pero tímido y retraído que había tenido un par de fracasos amorosos y no deseaba tener el tercero.

Eso no quería decir que viviéramos encerrados, como afortunadamente yo no necesitaba trabajar y mis gestores se ocupaban de recoger y salvaguardar el fruto de mis inversiones en cualquier momento tomábamos el coche y marchábamos a recorrer Europa.

A partir de cien kilómetros a la redonda de donde vivíamos ella ya se hacía visible, no obstante, vestía como niña de manera que sus formas quedaran disimuladas y no sé de qué manera retocaba su cara para darle un aspecto infantil, de esa forma pasábamos por padre e hija, aunque siempre procuraba que la gente no se fijara demasiado en nosotros.

Si daba la extraña casualidad de que nos encontrábamos algún conocido María era una sobrinita que me habían encasquetado unos días y la estaba paseando, pero ella hacía que al cabo de una hora ya no recordaran ni siquiera habernos visto.

Lo que nunca me atreví es a que tomáramos un avión, sólo íbamos hasta donde podíamos llegar con nuestro coche, pero el triángulo entre Portugal, Noruega y Turquía contiene tantas cosas maravillosas para ver y disfrutar que una vida apenas basta para saborearlas con detalle.

María descubrió que le encantaba esquiar, y en poco tiempo lo hacía mejor que yo, que me consideraba un experto. También buceaba como una sirena, nunca comprendí que clase de metabolismo le permitía pasar más de cinco minutos bajo el agua llegando a profundidades reservadas a quienes utilizaban botellas de aire comprimido.

Lo que me admiraba más era su conexión con la naturaleza, en nuestras interminables excursiones encontraba con una facilidad pasmosa las setas más deliciosas, trufas, frutos y mil y unas cosas desconocidas para mí pero que ella recogía con primor para emplearlas luego en sus guisos, era como si aquellas deliciosidades tuvieran un foco de luz apuntando al cielo que sólo ella podía ver.

Eso sí, nunca recogía más de lo que pudiéramos consumir a corto plazo, si yo quería tomar algo más me repetía: “No hay que pedir a la naturaleza lo que no es necesario”.

Nunca dejaba de sorprenderme su relación con los animales, tanto salvajes como domésticos, siempre acudían a su llamada sin temor alguno, podía hacer que las ardillas le trajeran alguna cosa que ella no alcanzaba, que los pájaros cantaran para nosotros o le indicaran si había gente en los alrededores.

Ya de por sí evitábamos el contacto humano, pero lo que realmente le sacaba de quicio era si alguna vez habíamos coincidido con alguna familia que estaba preparando carne a la brasa, lo detectaba a más de un kilómetro de distancia e inmediatamente debíamos cambiar de rumbo para alejarnos de ellos.

La explicación que me dio era muy clara: “¿No ves que los animales son como mis hermanos?, ¿Cómo quieres que me sienta cuando se están comiendo a uno de ellos?”.

A lo que yo le respondí: “Si, pero tus hermanos se comen unos a los otros”.

“Ellos no tienen opción, además es necesario para el control ecológico, y son animales mientras que nosotros se supone que tenemos un espíritu más elevado”.

Ocurrió aproximadamente a los seis meses de convivencia, estábamos desnudos en nuestra enorme cama retozando cariñosamente como preludio para nuestros juegos amorosos de la noche cuando ella me hizo estirar boca arriba y comenzó a masajear de una forma especial mi cabeza y cuello, no sé exactamente como ni cuando lo hizo, pero no tardé en darme cuenta de que me había paralizado, no como si estuviera atado, sino como si hubiera anulado mi voluntad de moverme.

Seguidamente tomó un gel lubricante y lo aplicó a mi pene que de inmediato tuvo una erección salvaje, lo que me comenzó a extrañar es que lo pusiera también en sus labios vaginales, luego me miró muy seria y me dijo: “No estoy segura de como acabará esto, pero sino soy capaz de hacer el amor contigo no merezco vivir a tu lado”.

Acto seguido se situó de pie encima mío y flexionó las rodillas hasta que mi glánde quedó encarado a su vulva. Intenté decirle que ya hacíamos el amor cada noche, que la penetración no era necesaria y podía ser peligrosa, pero apenas surgió un murmullo inaudible de mi garganta.

En ocasiones, para darle placer había explorado dulcemente su minúscula vagina con mi dedo anular y sabía que allí no cabía por las buenas nada que fuera más grande ni más largo y mi pene sobrepasaba mucho esas dimensiones.

Se concentró y comenzó a descender su cuerpo sobre mí con una especie de minúsculos saltitos, yo notaba su piel absolutamente forzada y estaba aterrado pensando en lo que le podía pasar, pero ella seguía sin tregua, como un parto al revés, hasta que finalmente noté que estaba tocando fondo a pesar de a mi pene le faltaban unos cuantos centímetros para penetrar por completo.

En ese punto se detuvo y yo suspiré aliviado, pero pronto me di cuenta de que la cosa no había acabado cuando noté que presionaba más y más forzando sus entrañas.

Afortunadamente se conformó con un par de centímetros extra, me miró, sonrió con una expresión dulce pero fatigada por el esfuerzo y el dolor y me dijo: “Lo ves tontito, no me he muerto ni nada”.

Acto seguido hizo unos movimientos rápidos con todo su cuerpo y a pesar de

la preocupación no pude evitar el tener un orgasmo brutal.

Al acabar le dije: “Vale lo has conseguido, te puedes considerar toda una giganta, pero nunca más”.

En eso me equivocaba, a partir de entonces cada noche fue así, aunque después de la tercera le pedí que por favor no me paralizara, sobre todo por si acaso tenía que socorrerla.

Por fortuna cada vez era menos traumático porque su organismo se iba adaptando, lo que más me preocupaba era que cada día presionaba el fondo de su saco vaginal forzándolo un poco más hasta que al cabo de un mes consiguió que mi pene se introdujera por completo y nuestros pubis se tocaran, viendo su minúsculo cuerpecito me horrorizaba pensar hasta donde le estaría llegando o que órganos estaría apartando para penetrar tan hondo, pero como al cabo del tiempo nuestro coito era fácil y placentero para ambos dejé de preocuparme.

La duda que si me asaltó fue si podía dejarla embarazada porque eso sí que la podía matar, pero ella me respondió: “No bobito, soy una híbrida, como las mulas, y no puedo reproducirme”.

Pero no hay dicha que cien años dure, no sé si cometimos algún tipo de error, o si tenía que suceder de todas formas, pero una tarde, cuando ya llevábamos seis años juntos María me cortó en plena conversación e hizo signo de que me callara, se quedó un rato pensativa y luego me dijo en un susurro al oído: “Nos vigilan, creo que me han descubierto”.

En la misma forma le respondí: “¿Quienes?”.

“Los de la secta de las motos”.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral sólo de pensar lo que le podían hacer aquellos desalmados a mi gnomita, le dije: “¿Podemos escapar?”.

“Es inútil, nos atraparían en un punto donde estuviéramos en desventaja, por lo menos esta es nuestra casa y sabemos lo que hay, pero ellos no”.

“Entonces... ¿Qué podemos hacer?”.

“Prepararnos, no atacarán hasta la noche”.

“¿Tú crees que serán muchos?”.

“Cinco, eran siete y con tu ayuda neutralizamos a dos”.

“¿No tendrán sicarios?”.

“Imposible, es una secta muy cerrada, además deben cambiar de identidad cada cierto tiempo imagina lo que pasaría si la gente supiera que viven siglos”.

A partir de entonces nos movimos en silencio y hablamos en susurros casi inaudibles, yo saqué mi arsenal de armas antiguas, algunas descolgándolas de las paredes, otras del interior de baúles, ballestas que disparaban perfectamente saetas aceradas capaces de atravesar la piel de un elefante, un par de fusiles submarinos, una maza de guerra con puntas aceradas, catanas, y por supuesto armas de fuego, aunque estas últimas trataríamos de no usarlas, lo que menos nos convenía era armar escándalo.

María me advirtió que podrían usar material muy sofisticado como sensores de infrarrojos, gafas de visión nocturna gases anestésicos y también armamento convencional, asimismo irían protegidos por unos trajes de fibra de keblar impenetrables a casi todo tipo de proyectiles.

De un armario sacó un viejo chándal mío y una sudadera con capucha teñidas de negro y me dijo: “Póntelo, hace tiempo que lo tengo preparado, lo he bañado con una solución que te hará indetectable a los infrarrojos”.

También me untó la cara y manos con una especie de pasta gris y me dio un frasquito de espray que había contenido colonia diciéndome: “Cuando llegue el momento rocía tus ojos y podrás ver en la oscuridad”.

María estaba convencida de que entrarían por el garaje, y no todos de golpe, sino tal vez un explorador, pensé que el polipasto con motor eléctrico situado en el techo, bien manejado se podía convertir en una trampa mortal si convertíamos la punta del cable de acero en un lazo corredizo, así lo hicimos y una vez preparados los demás elementos esperamos allí quietos como muertos.

No tardamos en escuchar un leve crujido en la cerradura, por un momento la pequeña puerta lateral se abrió dejando ver un recuadro iluminado por la luna, por la que se coló silenciosamente una figura negra como el carbón que volvió a cerrar la puerta de inmediato. Fue en ese momento cuando mi gnoma, mediante un salto felino le ajustaba el cable al cuello mientras yo pulsaba el mando a distancia del polipasto.

Antes de que aquel individuo pudiera reaccionar ya no tocaba de pies a tierra. Vi como sacaba un instrumento metálico intentando cortar el cable pero los noventa centímetros que le separaban del techo transcurrieron en

pocos segundos, al final del recorrido el motor siguió presionando con sus quinientos kilos de potencia hasta que se oyó un crujido siniestro, en ese momento di marcha atrás y la figura descendió con la cabeza colgando como un guiñapo, aunque un traje de keblar pudiera proteger de impactos puntuales era inútil contra ese tipo de estrangulamiento y decapitación.

Lo metimos rápidamente en el arcón congelador que habíamos vaciado previamente, allí resultaría indetectable a sus instrumentos y eso les desconcertaría.

María me indicó que subiéramos rápidamente a la puerta principal, tuvimos suerte de que las dos cerraduras de seguridad resistieran un poco más que la del garaje, nos situamos uno a cada lado de la puerta segundos antes de que esta se abriera y entrara otra silueta de negro recortada contra el cielo nocturno que cerró la puerta sigilosamente, justo en ese instante María le descargó la saeta de su ballesta en el cuello, en este caso su traje protector si que le salvó la vida, aunque le doliera.

Se volvió como un rayo hacia ella en el momento en que yo descargaba mi acerada maza medieval de quince kilogramos sobre su cabeza, el ruido sordo que hizo su cráneo al romperse fue realmente siniestro.

Introducimos su cuerpo en un armario forrado por dentro con papel de aluminio y subimos en silencio al tercer piso ya que María sabía que el tercer asaltante estaba cortando silenciosamente la reja de la segunda planta.

Nos estiramos en el suelo frente al rellano de la escalera tapados con una manta como si fuéramos un fardo de ropa sucia, el individuo exploró la segunda planta, al no ver nada descendió a la sala, luego tal vez sorprendido de no ver a sus compañeros fue subiendo lentamente hasta la tercera, el corazón me latía tan apresuradamente que pensé que podría oírlo.

En el momento en que asomó su cabeza por la escalera disparé el fusil submarino hacia su ojo, que, a pesar de las gafas de visión nocturna, era el punto supuestamente vulnerable, pero fallé y le di en la mejilla instintivamente llevó las manos hacia el punto dolorido, momento que aprovechó María para acertarle en el otro ojo.

Cayó hacia atrás, pero vimos que aún se movía, tal vez el arpón no le había penetrado profundamente en el cerebro, eso lo solucioné yo empujando la varilla con ambas manos y todo mi peso, dio un gemido ahogado y se quedó inmóvil.

A pesar de que yo era una persona profundamente humanitaria que se paraba a recoger las lombrices de tierra para que no se secaran cuando se

extraviaban por superficies asfaltadas, aquellos individuos capaces de tales atrocidades no me inspiraban la más mínima compasión, pensaba que donde mejor podían estar era muertos.

Llevamos el tercer cuerpo al congelador apresuradamente, pero en silencio, María espió por la rendija de una ventana y me dijo que con toda seguridad los otros dos estaban en aquel furgón negro aparcado enfrente.

Trazamos un plan, no podíamos dejarlos escapar porque a partir de entonces ya no podríamos vivir tranquilos, teníamos que aprovechar ahora que aún no sabían con certeza a que se enfrentaban.

Me puse una ropa oscura, un chaleco reflectante y de mi colección de gorras de diversos ejércitos la que más se podría parecer a la de un policía, evidentemente no pasaría un segundo examen, pero en una primera impresión sí que podía aparentar serlo.

Así ataviado salí por una puerta lateral y me dirigí por detrás hacia el furgón, llevaba el fusil submarino cargado envuelto en plástico negro, con gesto enérgico di dos toques en el cristal de la ventanilla tras la que el conductor estaba enfrascado mirando una pantalla, supuestamente tratando de localizar a sus compañeros.

Mi presencia le sorprendió, abrió la ventanilla comenzando a articular una excusa que justificara su presencia allí, momento que yo aproveché para presionar la punta del arpón en su cuello y disparar, aquello destrozó su garganta, aunque no perforara el traje, inmediatamente me dirigí a la otra puerta del furgón enarbolando una barra de acero, pensando que el segundo ocupante saldría por allí, pero no lo hizo.

Abrí la portezuela con cuidado, pero no había nadie más y en ese momento noté el calambrazo que paralizó todo mi cuerpo, me quedé allí arrugado en el suelo viendo impotente como el quinto individuo, completamente forrado de traje antibalas se dirigía hacia mí con un cuchillo de comando y no muy buenas intenciones.

Antes de que me alcanzara, mi gnoma surgió debajo de otro vehículo y le disparó una saeta en el cuello y otra en la mejilla, demasiado apresuradamente, tal vez por miedo a que me matara. El individuo le apuntó con un extraño artefacto y la dejó paralizada igual que a mí.

A partir de ese momento dejé de interesarme, se limitó a levantarla como si fuera un fardo, y examinarla unos segundos como quien admira un trofeo, yo contemplaba sin poder hacer ni un gesto como aquel desgraciado estaba a punto de cargarla en el furgón cuando una enorme masa peluda de color

blanco se abalanzó sobre su cuello derribándole, intentó recoger el paralizador que había perdido con el golpe, pero otra masa marrón atenazó su muñeca.

En unos segundos quedó cubierto de perros de gran tamaño que, aunque no podían perforar su malla de keblar si podían presionar con sus potentes dentaduras hasta llegar a partir el hueso, los animales, en absoluto silencio, continuaban sin soltar presa, principalmente el mastín del Pirineo que lo tenía atrapado por el cuello.

Poco a poco María se fue recuperando antes que yo, con un suave masaje muy preciso hizo que pudiera recobrar lentamente el movimiento, cuando me pude poner en pie hizo que los perros se retiraran, no sabía si el quinto atacante había fallecido o no con la presión de los dientes caninos, pero me aseguré machacándole el cráneo con la barra de hierro.

Seguidamente metimos su cuerpo en el furgón y lo cerramos, luego nos ocupamos de los perros, María me explicó que, en previsión, había hecho que todos los de gran tamaño de la zona saltaran las vallas de sus jardines y se quedaran agazapados en las inmediaciones esperando sus órdenes, por suerte el paralizador había afectado sus músculos, pero no su mente.

Los que podían volver por sus propios medios a sus jardines lo hicieron, un par de ellos necesitaron un poco de ayuda y por último había uno un poco más flaco y desastrado que los demás, era vagabundo pero se había comportado muy bravamente, así que nos lo quedamos, porque el ser agradecido es de bien nacido y no podíamos dejar en la calle a quien había luchado por nosotros, ósea que por primera vez en la vida tuve perro en casa.

Afortunadamente vivo en el fondo de una calle sin salida de un barrio residencial en un pueblo tranquilo donde no se trasnocha y como todo había transcurrido en silencio nadie se había apercebido de lo sucedido.

Acto seguido aparqué mi todoterreno en la calle y metí el furgón en el garaje, allí con plena calma registramos el vehículo y a los cinco ocupantes, solo me quedé una buena cantidad de dinero en efectivo, porque a nadie le amarga un dulce, uno de los trajes de keblar que no estaba manchado con sangre, las gafas de visión nocturna y el armamento que llevaban, gran parte del cual no tenía ni idea de cómo funcionaba, tiempo tendría para averiguarlo.

Cuando me di cuenta de que uno de los asaltantes fallecidos era una guapísima mujer rubia no pude evitar el decir que menudo desperdicio haber matado aquella belleza, al oír lo cual María se río y me dijo que si supiera que podía ser la abuela de mi abuela no me parecería tan cautivadora.

Después cargamos todos los cuerpos en el furgón y nos vestimos con ropa de excursionistas, ya se veían los primeros rayos del amanecer cuando salimos de casa, no sin antes haber dado de comer y beber a Bartolo, así decidimos que se llamaría el perro recogido, María le preparó una manta para que se estirara y le explicó sin palabras lo que podía o no podía hacer.

Nos dirigimos hacia el mismo punto donde conocí a los gnomos, el último tramo del camino no era el más adecuado para un vehículo que no fuera todoterreno, pero no me importaban los golpes y rascadas que se oían por debajo, total sólo tendría que hacer el viaje de ida.

Al llegar a la explanada ya nos estaban esperando un par de docenas de minúsculas figuras, María se abrazó a varios de ellos conversando en un idioma parte del cual yo ni siquiera podía escuchar el sonido porque estaba en una frecuencia que el oído humano era incapaz de captar.

Me senté en una roca y de inmediato saltó sobre ella el padre de mi gnoma que me contemplaba con un semblante sonriente, hasta que con su voz grave y chirriante me dijo: “No sabes bien lo que has hecho esta noche”.

“Bueno, supongo que justicia, porque quien a hierro mata...”.

“Si, pero aparte de eso no comprendes el alcance de tu acción, has puesto fin a una guerra ancestral en que ellos eran los depredadores y nosotros los depredados, poco a poco nos estaban exterminando porque sólo podemos reproducirnos cada mil años”.

“¿Y eso por qué?”.

“Tal vez porque la naturaleza es sabia y el espíritu de Gaia vela por todos, imagina que pasaría si unos seres que viven más de cinco mil años se reprodujeran con rapidez, pronto se produciría el colapso. Pero cambiando de tema, somos gente agradecida, así que dentro de un mes vuelve a este mismo sitio y tendremos un regalo preparado para tí”.

“¿No serán más piedras preciosas?, porque la verdad es que no he utilizado ninguna de las que me disteis”.

“Nada de riquezas, es algo más importante y valioso”.

“¿No mi irás a dar otra gnoma?”.

Mi interlocutor río de buena gana antes de contestar: “Nada de eso, con una ya tienes más que suficiente”.

Mientras hablábamos el vehículo era despiezado en trozos minúsculos y llevado a vete a saber que profundidades, asimismo los cuerpos eran despojados de todo elemento y llevados a la grieta, cuando vi pasar el cuerpo de la mujer rubia no pude evitar el pensar que, a pesar de lo que dijera mi gnoma era un desperdicio, siempre seré un sentimental.

Al despedirnos vi que María llevaba un par de saquitos como los de la primera vez, seguramente llenos de hongos y otros vegetales que un botánico se hubiera vuelto loco intentando clasificar.

Fuimos caminando tranquilamente hasta la aldea más próxima, allí pedí un taxi por teléfono, éramos padre e hija que volvían de excursión.

Un mes después volvíamos puntuales a nuestra cita con los gnomos, aquella vez, solo nos esperaba su padre portando un precioso baulito de madera ricamente trabajada, después de los saludos de rigor, lo abrió para mostrarme su contenido, calculé que habrían unas tres docenas de preciosos frasquitos de colores, me dirigió su penetrante mirada para decirme muy serio: “Tomate uno cada treinta años”.

No pude por menos que decirle: “Con mucha suerte podré tomarme dos, pero el tercero... como no se lo den a mi momia”.

“Si te tomas puntualmente uno cada treinta años podrás acabarte todos los que hay aquí”.

Cualquiera que me hubiera dicho algo semejante le habría tomado por loco, pero me lo afirmaba un jefe de gnomos y a partir de ahí todo era posible, así que me limité a preguntarle: “¿Y no tienen fecha de caducidad?”.

“Si, unos cuantos miles de años, así que no te preocupes, los habrás consumido todos mucho antes de caduquen, y no se te ocurra tirar el frasquito cuando esté vacío, en tu mundo es muy valioso”.

“Ósea que me estáis regalando más de mil años de vida, sinceramente no sé cómo agradecerélos”.

“A quien también tienes que agradecerélos es al quinteto que nos trajiste”.

“¡Hostias!, así que lo que contienen estos frasquitos...”.

“Exacto, es lo que hemos destilado de sus cuerpos”.

Mientras tomaba el primer frasquito no pude evitar pensar si los que

contuvieran el destilado de la rubia sabrían diferente a los otros, pero no dije ni mu, además ¿Quién puede recordar la diferencia de un sabor después de treinta años?.

Ahora tendría que planificar a más largo plazo, el cuento del veganismo y la meditación no podía durar eternamente, en algún momento tendría que adoptar una nueva personalidad y ya de paso tendría que darle alguna a María, no podía tenerla escondida más de mil años, me hubiera gustado poder preguntarles a los cabrones que asaltaron mi casa como se las apañaban para vivir siglos sin levantar sospechas.

Lo primero que hice fue abrir una cuenta cifrada en el Principado de Liechtenstein sin nombre, sólo con un código y muy lentamente ir convirtiendo mi patrimonio en efectivo y trasladándolo allí, lo hacíamos sin prisas, de paso que íbamos a esquiar a Suiza, ¿Quién iba a sospechar que un todo terreno cargado de esquís, con un padre y su niña dentro podía llevar unos cuantos cientos de miles de euros entre los calzoncillos térmicos?.

Otro de nuestros viajes fue a Holanda, a uno de las más importantes mayoristas de piedras preciosas, el poder de la mente de María convenció sin palabras a los subalternos de que debíamos ver al director, sin más dilación le comenté que había heredado un par de extrañas gemas y estaba pensando en venderlas.

El hombre las miró, llamó a un par de técnicos que a su vez llamaron a otro par, hicieron comentarios en un idioma que yo no conocía para finalmente retirarse y dejarnos a solas con el director, que con una sonrisa aceitosa nos dijo: “Bueno... Son unas piezas curiosas, pero no son la primera clase que nosotros acostumbramos a comercializar, por esta le podría ofrecer como máximo veinte mil euros, pero por esta otra sólo doce mil”.

María ya me había enviado mentalmente tres palabras: “Embustero, sinvergüenza, vámonos”, así que le pedí una tarjeta, le dije que estudiaría su oferta y al día siguiente podríamos formalizar la venta, a lo que me respondió: “Como desee, pero le aconsejo que no tarde porque no se si podré mantener mucho tiempo esos precios tan altos”.

Al salir mi gnoma me explicó que aquel individuo era un verdadero estafador pero que la visita no había sido en vano porque ella había podido sondearle, a él y a sus técnicos y ahora sabía dónde debíamos dirigirnos para efectuar la operación, era otra empresa competidora situada no demasiado lejos de allí, no era tan ostentosa como la anterior pero en realidad más importante, siguiendo su consejo esta vez hablé con toda claridad con el director: “Guardo estas gemas desde que las heredé, sé que son muy valiosas, la

cuestión es: ¿Cuánto estarían dispuestos a pagarme por ellas?”.

Nueva reunión de técnicos, sin tanto misterio, uno de ellos me preguntó: “¿Tiene usted alguna idea de su procedencia?”.

“Si, del abuelo de mi abuelo”.

“Me refería al lugar de su extracción y su posterior manipulación”:

“Lo siento, si esa información estuvo alguna vez en poder de mi familia hace tiempo que se perdió, por lo menos mi abuelo no lo sabía, lo que si le puedo asegurar es que no proceden de la comisión de ningún delito, por lo menos alguno cometido en este siglo o el anterior”.

“Por supuesto que no, si alguna pieza tan rara como estas fuera sustraída lo sabríamos todos los que estamos en esta profesión”.

Acabado el examen el director nos habló con toda franqueza: “No me voy a andar con rodeos estas piezas pueden valer bien colocadas en el mercado más de veinte millones de euros cada una, pero yo no les puedo pagar esa cifra ni en broma, primero porque está nuestro beneficio que acostumbra a ser el cincuenta por ciento del valor y el siguiente problema es que ustedes seguramente no querrán declarar esta operación al fisco”.

“La verdad es que no, porque más de la mitad del importe se iría en impuestos y tal vez tendría que dar demasiadas explicaciones”.

“Eso dificulta mucho la operación, sobre todo si desean el pago en metálico”.

“No es necesario, podría ser en una cuenta corriente en Liechtenstein”.

“En tal caso le puedo ofrecer siete millones por cada una”.

Le dije “Es un trato justo, lo acepto” porque María me había indicado mentalmente que aquel hombre y su establecimiento eran de fiar, antes de despedirnos saqué del bolsillo el frasquito vacío del potingue que me había tomado, eso sí, limpio hasta la última molécula de su contenido y le dije: “Hablando de piezas raras, tómese su tiempo para ponerle precio a esta y mañana hablamos”.

Lo miró, primero extrañado y luego alucinado hasta decirme: “Esto está tallado...”.

“No se equivoca, en un diamante de una sola pieza”.

“Pero no es posible, ¿Cuál sería el tamaño del diamante y cómo lo tallaron”.

“Otro misterio familiar, vaya pensando en ponerle precio”.

Pasaron bastantes años, Bartolo vivió exageradamente más de lo normal gracias a los cuidados de María, a veces la veía conversando con el perro mediante unos extraños sonidos y lo curioso es que el animal la comprendía perfectamente, cuando finalmente murió lloramos como colegiales, María hizo que lleváramos el cuerpo a una formación rocosa en particular, allí estuvo trasteando en una grieta hasta que desapareció en ella arrastrando trabajosamente el cadáver del animal, cuando salió me mostró la foto que había hecho dentro, el animalillo estaba como dormido estirado en su manta en medio de una geoda preciosa, como si tuviera una tumba forrada de diamantes, no pude por menos que preguntar: “¿No hay peligro de que lo encuentren?”.

“Ni aunque redujeran la roca a trocitos, está en otra dimensión, además su cuerpo se mantendrá incorrupto durante un tiempo casi infinito”.

“Así quiero que me entierres cuando me muera”.

“Vale, pero recuérdamelo dentro de mil años, no sea que se me olvide”.

Ahora que no teníamos al perro podíamos pensar en desaparecer y adoptar una nueva identidad, pero la cosa no era tan fácil, en principio yo quería conservar la casa así que hablé con relativa franqueza con mis abogados diciéndoles: “Quiero desaparecer por completo y desearía que mi casa se la quedara una pareja de extranjeros que todavía no se quien son ni como se llaman, ¿Cómo podemos arreglarlo?”.

Era complejo, pero no imposible, se la vendí a una sociedad patrimonial que a su vez se la vendería a cualquiera que aportara una determinada contraseña, les di dinero más que sobrado para que se ocuparan de sus gastos, impuestos y mantenimiento durante más de veinte años, también les dije que esa pareja serían gente formal y adinerada, que les ayudaran a tramitar su permiso de residencia europeo e incluso su nacionalización.

Para los recuerdos más queridos alquilé un trastero de seguridad y pagué veinte años de alquiler por adelantado, con la condición de que podría acceder a su contenido cualquiera que aportara la llave y conociera la combinación de apertura.

Las gemas y los frasquitos de líquido de la vida eterna los repartimos entre algunos de esos pequeños portales interdimensionales que sólo mi gnoma podía abrir, uno de ellos fue la propia tumba de Bartolo.

Y así desaparecí, les comenté a mis escasos amigos y conocidos que estaba harto de todo y me iba a vivir a algún rincón perdido de Sudamérica, o tal vez a una isla paradisíaca y dije que tal vez escribiría... O no.

María tuvo que esforzarse para que en la comisaría de policía dieran como buena la falsificación de partida de nacimiento que les presentamos y a partir de ahí confeccionaran su carnet de identidad, con eso el pasaporte ya resultó mucho más fácil de obtener, a partir de ahí era mi hija de ocho años.

Por primera vez en la vida nos atrevimos a tomar un avión rumbo a Sudamérica, María se ocupó de que en el escáner no se fijaran en los fajos de billetes de quinientos euros que llevábamos en la mochila, una vez allí nos dedicamos a recorrer los lugares más preciosos, podíamos adentrarnos tranquilamente en las selvas sin temor a que ningún animal nos atacara y ni siquiera nos picara un simple mosquito.

Pudimos vadear ríos con la ayuda de delfines de agua dulce e incluso de grandes cocodrilos, en ocasiones convivimos con tribus perdidas que viendo el dominio que María tenía de los animales nos tomaban como semidioses, en esas ocasiones ella disfrutaba intercambiando información acerca de hierbas raras.

A veces María se detenía un momento atendiendo a no sé qué vibración, metía las manos en el fango de un río y sacaba una enorme pepita de oro, en otras ocasiones localizaba esmeraldas en bruto, la mayor parte de esas piezas las regalamos a buena gente que estaba pasando miseria, María sabía identificarlos sin que nadie pudiera engañarla.

Si alguien pretendía robarnos mi gnoma lo sabía casi antes de que acabara de formarse la idea en su cabeza y le hacía cambiar de opinión de inmediato, cuando nos hubimos hartado de islas coralinas, playas vírgenes y selvas majestuosas comenzamos a planear nuestro regreso con otra identidad, al mismo tiempo que recorríamos el continente ella sondeaba a la gente, hasta que en Argentina dio con lo que buscaba.

Era un despacho de gestores, abogados, y unas cuantas cosas más que hacían negocios no demasiado limpios, pero mantenían la honra de no engañar a los clientes que confiaban en ellos.

Se quedaron bastante sorprendidos de que siendo españoles les pidiéramos documentación falsa para volver a España como argentinos, nos pidieron eso sí, una cifra muy elevada que no tuvimos inconveniente en pagar, la excusa que les dimos fue que nuestras familias nunca aceptarían nuestra unión y nos amargarían la vida, por eso deseábamos desaparecer en

Sudamérica y volver renacidos con otra identidad, también les juramos que no habíamos cometido delito alguno, si tuvieron algún recelo María se ocupó de disipárselo y de que vieran nuestro caso con total simpatía.

Antes de iniciar los trámites yo me hice un par de retoques de cirugía estética, por otro lado, María me estaba dando unos potingues que me hicieron crecer cuatro centímetros y que mi voz tuviera un tinte más grave, también hizo que mi pelo, de forma natural pasara de castaño oscuro a claro, con eso, dejándome barba y unas gafas no me reconocería ni Dios.

Lo más difícil fue conseguir que mis huellas dactilares cambiaran, no demasiado, pero si lo suficiente para que ningún ordenador pudiera relacionarlas con las originales.

En la documentación falsa constábamos como jovencitos de apenas veintipocos años, eso nos daría más margen para que no se notara nuestra eterna juventud, yo era un muchacho con pinta de más mayor y ella podía pasar por lo que quisiera.

Cuando tuvimos los papeles arreglados nos presentamos en la embajada española como matrimonio, por primera vez María se puso unos taconazos de palmo que un artesano había tenido que hacer expresamente para ella, lo mismo que el traje chaqueta con hombreras y el sombrero, seguía siendo una enanita, pero menos, y tal como iba maquillada no había el peligro de que nadie la tomara por una niña, era simplemente una enana preciosa.

Si en la embajada tuvieron alguna duda, los certificados de las elevadas cuentas corrientes que les presentamos y el toque de María las disiparon por completo, éramos un matrimonio joven e inquieto que deseaba invertir en España.

Y hemos regresado a España, ahora como matrimonio, he vuelto a recuperar mi casa y redecorarla con mis antiguas posesiones, no hemos tardado demasiado en conseguir la nacionalidad, con dinero y unos buenos abogados todo es mucho más fácil, ahora ya podemos ir juntos por cualquier sitio, tenemos pasaporte europeo.

Me hace gracia cuando oigo hablar en el pueblo del antiguo propietario de mi casa y la gente dice: “Era muy diferente a usted, había tenido un par de desengaños amorosos y se volvió muy retraído, no hablaba con casi nadie”.

“Que interesante ¿Y al final que le pasó?”.

“Hace años dijo que se quería retirar a la selva o a una isla perdida o algo así y ya no hemos sabido más de él, es posible que haya muerto porque esos

sitios son muy peligrosos”.

Ahora somos los argentinos de la mujer enanita, gente rica que viaja mucho, somos sociables, pero sin pasarnos, sin permitir que nadie se entrometa en nuestras vidas, con un poco de esfuerzo y ayuda de mi gnoma he aprendido a hablar con acento argentino y ella lo hace con total fluidez.

Es curioso pensar que veré como cambia el mundo, los primeros viajes interestelares, los primeros contactos con extraterrestres, sabré si el cambio climático se cargará finalmente el planeta o no, oiré hablar de esta época de la misma forma que ahora hablamos de la edad media diciendo que eran salvajes incivilizados.

También espero no ver la tercera guerra mundial, pero si espero ver el fin de la neo-esclavitud que la humanidad padece y del consumismo absurdo, espero que se acabe esta libertad insensata por la cual, hoy en día, cualquier pareja de tarados puede procrear condenando a sus retoños a una vida miserable, también tengo curiosidad por ver cuando se acabarán los cultos religiosos.

Tantas cosas espero ver y no ver, y mientras tanto, pleno de salud y vitalidad continuaré disfrutando del amor de mi gnoma y de lo mejor que el planeta puede proporcionar, pero sin derroches ni lujos absurdos.

El problema será cuando dentro de cuarenta años no hayamos envejecido, no sé qué haremos ¿Cambiar de identidad otra vez?, pero eso será otro tiempo, otro lugar tal vez, cuando llegue ya veré como lo solucionamos, de momento vamos a disfrutar de la vida.

FIN ...